ZURZULITA

BIBLIOTECA NACIONAL * CHILE *

MARIANO LATORRE

AAQ9089

ZURZULITA

(SENCILLO RELATO DE LOS CERROS)

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

EDITORIAL CHILENA
MCMXX

160175

ES PROPIEDAD

IMPRENTA UNIVERSITARIA.—SANTIAGO DE CHILE—ESTADO 63

PRÓLOGO

En la primavera de 1919 recorría una de las grandes librerías de Nueva York que se precia de ofrecer a su clientela la producción literaria de los países de lengua castellana. Allí cayó en mis manos un libro de Mariano Latorre. Conocía el nombre del autor que era, cuando yo partí del país, una esperanza, un joven escritor brillante y original en quién se veía despertar una personalidad propia muy acentuada. El libro que adquirí en Nueva York y que leí con interés creciente, dominado mi espíritu por su belleza, me lo revelaba como un escritor completo, como un artista literario que llegaba a la plenitud de sus facultades.

Contenía aquel libro bajo el título de «Cuna de Cóndores» unos cuantos estudios de la vida de los montañeses de Chile, de esas regiones del centro del país en que los primeros contrafuertes de la cordillera y aun los angostos valles *más altos que la nieve cubre cada año, están habitados* por una raza fuerte, silenciosa, cuya alma parece haberse hecho más grande y más enérgica en contacto y en lucha con la ruda naturaleza.

La novela que hoy ofrece Latorre al público va más allá que el libro que acabo de mencionar. Antes había hecho cuentos admirables, había trazado sobre tela pequeña cuadros de asunto enorme que parecían bocetos para obras decorativas de proporciones gigantes. Ahora ha construído una obra literaria completa y definitiva, de arquitectura tan armoniosa como raras veces nos ha ofrecido su generación, en que hay un sentimiento castizo muy hondo, una intensa tradición española, madre de la nuestra, y al mismo tiempo algo de la mesura y elegancia con que el arte de los franceses sabe encantar al mundo.

La más alta condición de Latorre es, sin duda, su poder descriptivo, resultado de una fuerza de observación muy poderosa. Ve la realidad con algo más que fuerza, con implacable rigor, con crueldad; pero al traducirla en obra de arte selecciona sus elementos con un buen gusto espontáneo, sin esfuerzo, y deja el cuadro vivo, animado, fiel de color y de líneas, y al mismo tiempo distinguido y refinado.

No apoya la mano pesadamente en los detalles. Al escoger de la realidad los elementos que necesita para su composición, rara vez deja de encontrar los que son supremos, característicos, sin los cuales el cuadro quedaría muerto y cuya sola presencia basta para evocar un vasto panorama.

Es un novelista paisajista. Es bien difícil serlo sin caer en la monotonía y prolijidad de descripciones largas. A Mariano Latorre le bastan pocas líneas para colocar a sus personajes en el ambiente físico que les corresponde.

Pero esas bellas descripciones hechas a veces en unas cuantas frases, no son más que un accesorio. Poco a poco el lector es conducido al fondo de almas oscuras, complejas, almas de campesinos sórdidos, de aldeanos maliciosos, de hombres en quienes toda una existencia de pobreza y de lucha ha despertado pasiones mezquinas, de otros en quienes la vida no ha logrado extirpar la nativa grandeza del espíritu y el rasgo noble de la raza.

ZURZULITA resulta así un libro que se lee desde el principio con interés, que luego toma la atención del lector por la belleza y novedad de la historia, que por fin se apodera del ánimo como si hubiéramos vivido la estrecha y agobiada existencia en que se mueven sus personajes en el centro de un horizonte que limitan los cerros de la costa de Maule, ásperos y ceñudos, tras de los cuales se adivina el mar bravío. Y es que hay elementos de humanidad en este libro que constituyen el mayor de sus méritos. Cada uno de sus personajes es un ser vivo, es alguien que ha vivido, que acaso vive todavía en quien sabe qué rincón. El artista ha extraído rasgos de innumerables hombres y creado tipos que vivirán.

Al cabo de una larga carrera de lector de novelas comenzada en la niñez y que tal vez no acabará sino con mi vida, voy refugiándome cada día con predilección más cierta en las obras que me entretienen, en las que por una u otra razón, por la belleza del estilo, por el drama que encierran, por el

interés de la historia que cuentan o por la simpatía que me inspiran los personajes logran hacerme olvidar la vida real, los trabajos, las preocupaciones. ¿Son siempre obras admirables para el criterio de un crítico? No lo sé ni tengo particular empeño en averiguarlo.

Con ZURZULITA me ha ocurrido eso: al doblar la última hoja me he despedido con pena de amigos que he conocido en la intimidad, de paisajes que he llegado a sentir y amar, de vidas humanas tristes y alegres como Dios quiere, pero que he seguido en el libro por un buen espacio. Se diría que la palabra FIN marca en un libro como este y para el lector que lo siente con intensidad, la bifurcación de un camino: por uno se van las visiones evocadas por el artista, por el otro continúa solo con sus recuerdos el lector.

Y al llegar a este punto pienso que si no estaba yo calificado por merecimientos o autoridad para escribir estas líneas de introducción a la novela de Mariano Latorre, lo estaba por otras circunstancias, lo estaba por que sus personajes, su ambiente, sus paisajes, el canto de los pájaros que saludan el amanecer, los vientos que azotan al caminante en las rudas serranías, las penas y alegrías de toda esa gente, me son familiares, me fueron familiares en la niñez remota y hoy resurgen ante mí, no ya borrosos recuerdos que he llevado dentro del alma por los caminos de la vida, sino frescos como una resurrección maravillosa. Y tan agradecido le estoy por haberme llenado el alma de estas evocaciones, que ni aun sé si lo que he escrito es un juicio o solamente la obra de la magia del escritor.

Ensaye el lector y verá que esta novela, una de las más fuertes de la literatura nacional de nuestros días, es de las que no pueden ser leídas sin interés y sin emoción por ningún chileno.

C. SILVA VILDÓSOLA.

XVIII

EL VELORIO

Una mañana, al día subsiguiente, lo despertó muy temprano una conversación monótona entre un hombre y una mujer al pie de su ventana, en el patio. Le pareció que la oía primero en sueños y luego los voces rudas se fueron precisando. Eran on Varo y la Pascuala que platicaban esperando que los patrones se levantaran. No comprendió palabra del largo diálogo, pero supuso que el chico de on Varo se había muerto; había algo de monótono lamento en la voz del hombre y algo de consuelo monótono en la voz de la mujer.

Se levantó rápidamente y salió afuera. El viejo sacábase ya torpemente la chupalla.

—¿Qué hay on Varo?

—Se murió Pituto anoche, patrón, y hay que velarlo.

—Muy bien, ¿quiéres más plata?

—No, patrón; quería una arrobita e vino...

Mateo se sonrió. No había pensado nunca que era dueño del vino blanco que había cosechado on Carmen en años anteriores.

—Está bien. ¿Y las llaves?

—Las tiene misiá Ludomira.

Acompañó a on Varo hasta la bodega: un grueso candado mohoso cerraba la enorme puerta que chirrió al girar en sus goznes ásperos. La negra soledad del bodegón pareció respirar un hálito fresco, impregnado del acre fermento de las borras adheridas al fondo de los enormes lagares soñolientos

y sucios; los pasos y las voces repercutían en su seno vacío con dulce y prolongada armonía. Al revés de la vieja casa, construída sobre un basamento de piedra, la bodega se hundía en la tierra y los ventanuelos del costado opuesto al portalón estaban al ras del suelo; a través de sus gruesos barrotes veíase la mancha rojiza del cerro que comenzaba allí mismo; de los rincones oscuros y en los cruces de las vigas desnudas, azuleaban espesas telarañas en cuyo centro se dibujaba el borrón geométrico de una araña de campo.

On Varo se dirigió sin vacilar a un rincón donde había una pipa, acostada sobre dos maderos; hábilmente manejó la goma y el chorro de vino dorado gorgoriteó en la damajuana.

Milla esperaba en el corredor cuando salieron. On Varo se despidió:

—Lo esperamos, patrón, a la noche...

Mateo interrogó a Milla:

—¿Usted irá?

No había podido tutearla, en vista de la resistencia de la niña. A pesar de la cercanía en que vivían, a veces Mateo pensaba que eran extraños. Ella respondió:

—Hay que ir... No se puede dejar de acompañarlo cuando han perdido un niño.

Llamó a la Pascuala:

—¿No queda alguna florcita, Pascuala?

La vieja contestó consternada:

—Ni'unita, señorita, ni'unita.

Intervino entonces la Gumersinda:

—Pero en el monte hay siemprevivas... La corona se puede hacer de siemprevivas...

Mateo ofrecióse para buscarlas. Sintió alegría al hacer la sencilla operacion. A pesar de que la idea de marcharse era en él cada vez más definida, advertía que cada rinconcito de bosque, cada pájaro, cada murmullo de viento tomaban para él ahora un sentido familiar e íntimo que nunca había experimentado. Notaba en el aire, esta mañana, una humedad inusitada; encontró muchas siemprevivas en los claros del bosque que salpicaban con sus gotitas celestes, rocío de cielo, las yerbas resequidas. De un viejo avellano, acribillado de esferitas rojas, salió el vuelo de una tenca:

la vió perderse con asombro. Hacía tanto tiempo que en los follajes empolvados no se oía la nota de unas alas. Alegre, se entretuvo en sacar con el manojo de siempreviva una araña de cerro, de enormes patas peludas, que se obstinaba en subir por su pantalón.

Despues de comida marcharon al rancho de on Varo, Milla, Mateo y la Gumersinda. La vieja se quedó al cuidado del ciego. La noche, lo hizo notar la Gumi, era menos ardiente que las anteriores.

—Pa mí que ya si'acabaron los días de calor.

—Dios te oiga, niña...

Un silencio pesado cerníase sobre los campos, sin olor de yerbas ni ruido de arroyos; un vago claror, que no era la penumbrosa luz estelar, envolvía a la tierra; en ese claror estompábase la masa confusa de los cerros; luego esta claridad aumentó y se hizo lívida: sombras terrosas flotaron por todas partes; la media luna, color de miel, asomó por la joroba de Gupo.

Milla no había hablado una palabra durante la caminata. No había querido aceptar el brazo de Mateo y marchaba sola. Mateo sentía su respiracion anhelosa y su paso arrastrado. Llegaron a los ranchos. A través de la ramazón de colihue y barro filtrábase la luz rojiza de las velas; a la orilla, culebreaban las lenguas partidas de una fogata sobre la que hervía una olleta ahumada, con presas de cordero y papas; un grupo de viejas, con los mantos echados sobre la cabeza, fumaban cigarrillos de hoja de maiz alrededor de la hoguera; ninguna de ellas hablaba. Sus rostros cetrinos, tallados en viejas maderas indígenas, patinábanse con un brillo dorado cuando algun leño se inflamaba más que los otros para hundirse en la sombra espesa que empezaba más allá como un muro.

Parecía un conciliábulo de machis meditando sobre la enfermedad del cacique de la tribu. A veces, cuando las llamas se alargaban, envolviendo la olla borboteante, distinguíase el cuerpo desollado de un cordero colgado de un horcón de la ramada. On Varo se adelantó a los recién llegados

con un vasito, en el que el vino bazuqueaba a punto de caerse. Estaba ya completamente borracho: en sus ojos húmedos y brillantes percibíase la turbiedad de la embriaguez.

—Pasen a sentarse... Pase on Mateo... Austina, Austina, gritó de pronto...

De entre el grupo de mujeres, surgió la alta figura roja, envuelta en el manto, de la mujer de on Varo: su cara sollamada aparecía macerada por el llanto; su voz era llorona y quejumbrosa, al contar la muerte del angelito.

La voz de Milla resonó serena:

—Resignacion, oña Agustina... Dios se lo quiso llevar. ¿Lavaron ya al niño?

—Sí, misiá Ludomira.

—¿Rezaron el rosario?

—Sí, misiá Ludomira.

—Hay que rezarle otro al angelito.

La madre se inclinó hacia el grupo de viejas; y las mujeres se levantaron, tirando sus cigarrillos: echaron los mantos hacia la cara y la fila negra desapareció en la puerta iluminada del rancho; los óvalos fijos de las velas, envueltos en un vapor gris, se apagaron con la gente que penetró al interior. Oyóse clara la voz de Milla: ¡Dios te salve! y el mosconeo sordo de las campesinas que coreaban el rosario. Un grupo de hombres fumaba silencioso en la parte trasera del rancho: alguien carraspeó largo rato; a intervalos, los puntos rojos de los cigarrillos encendían la sombra; los caballos atados a la higuera, pateaban de vez en cuando o sacudían con ruido sus aperos aflojados. Apagóse el murmullo del rosario; se oyó, entonces, el rasgueo sordo de una guitarra y luego una voz de viejo que cantaba.

Mateo alcanzó a oir trozos de estrofas:

Madrecita, le suplico
que no se ponga a llorar.

Llegó hasta él un penetrante olor a incienso que le recordó la iglesia de Loncomilla; y el entierro de su padre a través de los caminos embarrados. La hoguera de hualles agonizaba cerca de la ramada y las sombras ahuyentadas volvían de nuevo a acercarse a los tizones rojos; la olla dejó de hervir nuevamente. Oyóse la voz, tras de un corto rasgueo:

Y yo me voy a rogar
por usted, madre querida.

Mateo entró entonces al rancho: una espesa nube le impidió ver de pronto. Su entrada no fué advertida. Las mujeres se habían hincado otra vez y un nuevo rosario comenzaba. El angelito estaba colocado en lo alto de un altar, hecho con mesas, cubiertas de sábanas almidonadas. Mateo no reconoció a Pituto: una gasa fileteada, especie de alba, cubría su cuerpo; toscas manchas de colorete enrojecían sus mejillas. El niño, sentado en una pequeña silla de brazos con sus puntiagudas alillas de papel plateado y una corona de flores artificiales en la cabeza, daba la impresión de estar entretenido y gozoso con la fiesta que se desarrollaba a sus pies. Parecía un idolillo católico que hubiera caído en manos de una tribu salvaje y lo adorase como un Dios; sobre la mesa, al pie de la silla, en un lebrillito de greda se quemaba el incienso, en sutiles espirales azulencas que impregnaban el rancho con su aroma de misa. Cuatro velas ardían, puestas sobre estacas hendidas en las puntas; unas crucecitas de madera verdosa, amarradas con huiras, colgaban de los pliegues del alba. Mateo notó, entre el blancor aereo de la gasa, una manita cerosa, exangüe, de uñas sucias, crispada como una garra, que evocaba intensamente la agonía infantil y que hacía un macabro contraste con la carita embadurnada de bermellón donde se había helado una sonrisa extraña.

El coro sordo del rosario calló por segunda vez. Oyóse el zumbido invisible de un zancudo; la mano de una vieja dió un manotón en el aire, cogió al zancudo por las alas y lo aplastó en uno de los horcones del rancho. La Agustina se levantó entonces, sacó una botella de mistela de un pequeño vasar y sirvió en un vasito un trago a un viejo de ojos grises y de barba blanca, entre cuyas piernas de labriego, terminadas en ojotas gastadas, descansaba el clavijero de una guitarra; era on Juan Oro, el pueta del valle de Purapel. Las mujeres se acomodaron para oir la corrida. Mateo se fijó en Milla en ese instante. Parecióle de pronto que se le revelaba una nueva Milla que él no había visto y lo asombraba profundamente. Con su rostro compunjido y los ojos velados por un éxtasis que en nada respondía a su estado de

ánimo, confundíase con el grupo de mantos anónimos que se agrupaban en aquel cuadrilátero de colihue y barro, aislado en las lomas estériles. La vió alejarse de su corazón en ese instante; palpó la realidad que se ofrecía a sus ojos. Nunca podría habituarse a aquel modo de vivir, a aquellas costumbres que eran toda la vida de ellos y para él no representaban absolutamente nada; él era, en ese grupo de seres humanos que despedían al angelito entre cantos y tragos de vino, un espectador pasivo, desligado, del que nadie se preocupaba. Un pavor oscuro ante el mañana oprimió su corazón. La voz gangosa del viejo pueta, resonó junto con el bordoneo de su vieja guitarra:

No me quea que pensar,
no sé como me lamente,
entre el agua y su corriente
se ven mis ojos llorar.

El viejo, hierático, impasible, como si representase el misterio de la muerte, la revelación supersticiosa de un más allá, volvía a apretar las clavijas de su guitarra y a hacer sonar las cuerdas bajas con sus dedos gruesos e hinchados. Mateo advirtió, a un costado del altar, en un rincón de sombra, a la abuela que en el verano hacía girar el huso, mientras los pequeños se entretenían en ver cómo la lluvia calaba a Samuelón, amarrado a la higuera. Seca como una momia, sueltos sobre su frente los mechones grises, parecía dormitar; sus manos largas, de anquilosados dedos, se movían a veces con un temblor inseguro como si la voluntad helada no las alcanzase. Detrás de ella, fundíase en la sombra el bastidor donde se alineaba la trama de un poncho.

La voz cantó de nuevo, con tono quejumbroso:

Yo me llamaré dichoso;
y me sirvo de mi Dios;
y con un crecido llanto;
adiós, madrecita, adiós.

Un grito agudo, desafinado, primitivo como el de una bestia herida, conmovió el aire espeso; se deshizo luego en un so-

llozo ronco y convulsivo, cuando las comadres se precipitaron a consolar a la madre que lloraba, tapada con el manto. Las manos de la vieja, retorciéndose, se elevaron a la altura del corazón.

Mateo aprovechó la confusión para salir hacia afuera; la noche estaba fresca; el campo se extendía como una sábana negra, adormecida, donde no se distinguían montañas ni luces. Sobre ella, la negrura estrelleante del cielo. Se alejó algunos pasos del rancho; en un corralito quinchado sintió el movimiento característico de las ovejas al oír un ruido cualquiera; una luciérnaga trazó en el suelo una raya azul; luego vió muchas otras que moteaban la obscuridad con sus pupilas de un azul eléctrico, de tenues fulguraciones verdosas; la tierra estrelleaba como el cielo; era como la sábana quieta de un lago donde se espejaba el firmamento palpitante de astros.

Lejos del rancho y de la tragedia del velorio, sintióse muy bien. Por un momento, preguntóse que hacía allí, perdido en la noche. Costóle trabajo precisar que había venido con Milla, con su novia, al velorio de un hijo de su mayordomo. ¿Su novia? A sus espaldas se oyó un ruido de yerbas aplastadas, palabras incoherentes, musitadas en voz muy baja. No se movió ni vió a nadie; pero a dos pasos de él un jadeo cada vez más vivo le hizo comprender que, a pesar de la muerte, a pesar del hambre que asolaba los campos, el amor se escondía en una arruga de la montaña, en la tierra dura, siempre vencedor y siempre optimista.

Bajó con toda clase de precauciones hacia el rancho, para no turbar con la cercanía de otro ser humano el deliquio de la pareja.

Había llegado el momento de la pitanza; todos estaban sentados como derviches alrededor de la olleta humeante. Cada uno metía su cuchara de palo y sacaba una presa de cordero, rebosante de caldo. Nadie hablaba ahora; cumplían su tarea con esa gravedad de rito con que los campesinos ejecutan sus comilonas; sentíanse el ruido de las mandíbulas al mascar la carne o el sorbo del gaznate al tragarse el caldo demasiado caliente.

El cántaro de vino corrió por la fila; todos bebían largamente, limpiándose con el dorso de la mano. On Varo lo vió

de pie, apoyado en el horcón de la ramada; le llevó un plato rebosante; y Mateo comió con apetito; bebió del vinillo blanco de su bodega; y de pronto le pareció que todo se aclaraba, tornábase más fácil, como el alba que ya hacía pestañear a las estrellas y había apagado la linterna de las luciérnagas en la tierra.

Un hombre de elevada estatura roncaba afuera, con la cara vuelta hacia la tierra; sus ojotas sucias permanecían extrañamente inmóviles en las mismas espaldas de otro viejo que chupaba el hueso de su presa; una vieja bigotuda, desgreñada como una furia, tarareaba cuecas golpeando sus manos descarnadas; de vez en cuando se interrumpía para gritar con su voz enronquecida por el vino:

—Rosa, Rosa. ¿Onde se habrá metido esta yegua chúcara?

Los viejos reían. Habían perdido su actitud compunjida y respetuosa; su alma primitiva se desbordaba ahora en sus observaciones obscenas. Mateo se dió cuenta que la hembra de la pareja amorosa era la hija de la vieja ebria.

—Habrá ido a comer *maqui* y a sacar huira...

Las carcajadas, sonoras, llenas, vibraron largamente en la noche callada.

—Si la tienen por despierta y cierra los ojos, que se joda...

La vieja volvía a gritar con apremio pueril:

—Rosa, Rosa. Yegua chúcara! Yo ti'hay de ver no más.

Una voz tímida, medrosa, se oyó detrás de la ramada:

—Pa qué me quiere, mama?

Como la vieja no la oyese, un huaso se encargó de advertirla.

Era una chicuela de diez y ocho años, redondita, de pequeños ojos obscuros; el miedo los achica más y los deja reducidos a dos granitos de mora, negros y brillantes; una sonrisa forzada tuerce la boca grande, hacia un lado, mostrando la limpia dentadura; el pezon erecto ha roto la vieja blusa en la fuerza agresiva de la pubertad; en su pelo se ven clonquis que no ha podido desprender; una barba de trigo se ha pegado en la falda. Ella la ve de pronto y la retira con gesto

rápido. A pesar de su aspecto amedrentado, es una sana alegría la que se exhala de su cuerpo, alegría animal, de flor abierta, de agua que corre.

Los huasos ríen con maliciosa complacencia. Se ve que para ellos eso es una travesura sin importancia. La vieja sigue gimiendo, con su voz desagradable.

—¡Yegua chúcara, yegua chúcara!

—Ya llegó l'oveja perdía, iñora... No ladre más...

La vieja se da cuenta, por fin, y tambaleándose, se acerca a la muchacha; sus dedos crispados la pescan de la espesa cabellera y tiran con furia.

La chicuela gime, encendida su carita fresca, con pavor infantil:

—Mama, mama... No lu'ago más.

Los senitos redondos bailotean desesperadamente como si estuvieran vivos.

On Varo intervino conciliador, sujetando a la vieja.

—Ejela, iñora; estoy en mi casa... Yo mando aquí...

Otro le ofrece una copa de vino, que bebe de un golpe; se sienta, refunfuñando, y concluye por quedarse dormida, junto a los tizones: el vino blanco brilla entre los pelos del bigote. Un viejo observa:

—Cuando hay tanto monte en la loma, como será en la quebrá...

El coro de carcajadas resuena, de nuevo, lleno, sano, alegre.

La chicuela se aleja, implorando dulcemente el nombre del amado: —*Norberto, Norberto!* Hay en su reclamo un deseo de compasión, de reconfortamiento; el clac clac de sus zuecos suena en la tierra dura. Pero Norberto no responde. Ha huído seguramente con su egoísmo de macho, a campo traviesa. Mateo recuerda la esbelta figura del muchacho, parado bajo la ramada de la cocina, el único hombre joven que no ha emigrado del valle.

Y en el silencio que sigue, se eleva la voz sentenciosa de un viejo que parece referirse a la sementera de un amigo montañés:

—Si es puro trigo loro; d'ese chascúo que no sirve p'harina.

Las mujeres han vuelto nuevamente al rancho: es preciso renovar las velas y rezar los últimos rosarios. Los hombres han continuado junto a la hoguera; casi todos están borrachos. Ya no hablan a media voz para no despertar al angelito y aumentar el dolor de la madre. Gritan, cantan y riñen; el frío del alba cercana ha hecho que se renueve la fogata. Sus caras hirsutas aparecen diabólicamente iluminadas por los leños encendidos o gesticulan en la penumbra gris. Siéntese el redoble de las alas de un gallo y luego su diana estridente y gozosa. Empieza a correr un vientecillo fresco que hace que se golpeen entre sí las hojas tiesas de la higuera; en los tizones que rojean, chamuscan sus débiles alitas las hormigas blancas de los palos podridos que el calor ha hecho salir de sus agujeros. El mismo viejo de voz sentenciosa vuelve a hablar, como si entendiese el lenguaje de la tierra:

—Esto es lluvia, amigos.

Llega del rancho el ¡Dios te salve! agudo y el Ora pro nobis prolongado en un largo murmullo.

En los cerros resuena la voz de un borracho que se acerca cantando.

El mismo viejo de voz grave, observa:

—Ese es on Tello, si nu'es l'ánima.

El borracho está frente a ellos, equilibrándose en su caballejo mandiano cuyos ijares sangran lastimosamente; en sus ojos redondos y brillantes hay un estupor latente. Siguiendo un aire de tonada, que se le ha pegado a la memoria, saluda a sus amigos:

—Buenas noches casa sola, buenas noches casa sola...

On Varo lo ayuda a descabalgar; por un momento, los dos huasos se equilibran abrazados afectuosamente; el borracho es un viejo con cara de indio, de agudos pómulos de bronce; unos pelos entrecanos cuelgan de su barba, juntándose con los del bigote. Saluda a sus compañeros con tono de canto:

—Buenas noches, Tripa rota,
Buenas noches, on Cirilo;
y buenas noches, on Varo
el paire del angelito.

Se calló luego; el asombro se había pintado en su cara de bestia. Divisó a Mateo, sentado cerca de la ramada. Se fué acercando a él, medio enredado en sus espuelas; Mateo sintió desagradablemente en sus narices el tufo acre del vino ingerido.

—Este es el gallito que le quitó la polla al peuco de Purapel? ¡Benaiga el gallo vivo!

Mateo lo miraba con el ceño fruncido, sin decir palabra. On Varo trató de llevarse al borracho, pero éste lo tranquilizó:

—Ejeme no más, iñor! Ejeme conocer al hombre aniñao.

Y mirándolo, empezó a improvisar:

—Quiero contarles, señores,
lo que son las malas lenguas,
que si ven llegar a un joven
a casa e niñas solteras,
dicen las malas lenguas
ese ha de venir a verlas;
si acaso se le hace tarde
y no lo han visto pasar,
dicen las malas lenguas,
lo convían a alojar.

Mateo comprendió perfectamente la alusión a Milla; y no se irritó. Aquel viejo que a altas horas de la noche vagaba por los campos, alegrándolos con la chocarrería de sus payas, era una nota de rebelión y de alegría en medio de la pasividad de la gleba.

Botó su cigarrillo, y sin mirar a on Tello entró otra vez en el rancho. Estaba dispuesto a hablar con Milla y obligarla a volver a Millavoro; la falta de sueño le llenaba de bruma el cerebro.

Los últimos rosarios habían terminado. Entró muy a tiempo para presenciar una curiosa ceremonia: las campesinas se levantaban silenciosamente, por turno, y mojando una moneda con saliva la pegaban en la cara del angelito que aparecía cubierto de circulitos plateados. La última en acercarse fué Milla.

A la luz vacilante y amarillenta de las velas, con su manto

suelto sobre la cabeza, no se diferenciaba gran cosa de las campesinas que la rodeaban; la armonía de su cuerpo, de lindas curvas, había desaparecido; era sencillamente un conjunto más de instintos y supersticiones vagas que la mancha negra del manto albergaba; otro arbolito salido entre dos piedras, sin pasado y sin porvenir. Hizo como todas las demás; colocó un billete en los pliegues del alba, salpicado de hormigas blancas con las alas chamuscadas. Había que pagar en esta forma la sepultura del niño en el cementerio de Purapel.

¡Qué gran error había sido esta venida suya a Millavoro y esta unión irreflexiva que lo sujetaba a la tierra para siempre; y la visión repentina de un hijo suyo, encaramado en la sillita, con la embadurnada cara llena de cincos viejos y la orgía de huasos a su alrededor, oprimió su corazón con la acritud de una herida incurable!

Sucio, desteñido, desagradable como un viejo harapo abandonado en el campo, surgía el rancho en la bruma del amanecer; uno de los hijos mayores de on Varo sacaba el rebaño de ovejas negruzcas del pequeño corral. La muralla de cerros que rodeaba el valle trazaba en el cielo su perfil de un azul frío y borroso.

Los campesinos cabeceaban junto a los tizones apagados, perdidos en el borrón sucio de sus ponchos de castilla.

El resoplido prolongado de una lechuza y la mancha de su callado vuelo animó la quietud del aire donde se ahogaban las estrellas: en la higuera repiqueteó el primer diucazo: tichíu, chíu, chíu, chirrriii...

Por la sábana del cielo, de un gris helado, empezaron a resbalar jirones de niebla, encima de los montes; luego se apelotonaron como un rebaño perseguido borrando el perfil de los cerros; el cono de Name se perdía entre espesas nubes inmóviles. El viejo sentencioso, el único que no se había emborrachado, levantó la cabeza perdida entre la chupalla y la manta y miró las masas de niebla en fuga hacia Gupo: era una cabeza de nobles líneas; la frente tostada y amplia se elevaba entre cejas espesas; una barba rizosa enmarcaba sus facciones severas de hidalgo español; se puso de pie con

agilidad; y despertó a on Varo que dormitaba a su lado, sacudiéndolo rudamente por los hombros:

—Andele, on Varo; hay que llevarlo al tiro, que va a llover lueguitito.

Las cabezas dormidas se irguieron, como si estuvieran sobre aviso, al oir la noticia; uno después de otro se fueron alineando a la puerta del rancho. El viejo completó su predicción:

—Cuando Gupo se pone tarro y Name se pone leva, ni Dios impide que llueva.

Estaba ya perfectamente claro: el rebaño de andariegos copos habíase detenido, condensándose en una neblina opaca que daba la impresión de haberse adherido a la atmósfera.

Sólo las que corrían en la cumbre de los cerros, entre las cúspides de los robles, seguían su carrera precipitada envolviendo la montaña. El alba parecía prolongarse indefinidamente: en la tierra amarilla, quebrada, polvorienta, diseñábase un gesto atónito, pasivo, desconcertante.

Oyóse la voz cansada de on Juan Oro, que cantaba la *despedida:*

De ver de que en este mundo
hoy soy, mañana no soy.

Sintióse murmullo de voces; luego un grito agudo que se prolongó largo rato.

On Juan Oro elevó la voz para terminar, con un ruidoso *rasgueo de la guitarra:*

¡Adiós, madrecita, adiós!

El viejo de rizada barba apareció con un cajoncito, embadurnado de pintura blanca. El viejo era el padrino del niño. Milla y otras mujeres sujetaban a la madre que pugnaba por salir. El paisaje gris y mudo se pobló en un segundo de mantas pintorescas y de mantos oscuros y fúnebres. La chiquilla de los ojitos de mora llevaba una pequeña cruz en la mano.

El padrino abrió la marcha, cabalgando en un caballejo bayo, de largas crines. Era el único de la comitiva, por ser el padrino, que iba a caballo. La fila abirragada de mujeres y de viejos lo siguió por la carretera gris.

A los pocos minutos, empezaron a caer pesados goterones que golpearon el suelo como salivazos; una bocanada de viento tibio levantó nubes de polvo, agitando las mantas y alzando las viejas polleras usadas de las mujeres; luego fué un repiqueteo sordo de pedruscos en la tierra dura, insensible, que no parecía comprender esta generosa dádiva del cielo. Las copas sórdidas de los árboles del camino se movían haciendo pequeñas reverencias como si saludasen la llegada del chubasco. El ruído de los goterones se apagó; parecieron subdividirse luego, uniéndose como largos rosarios que se enredaran en el aire, lleno de polvo, rebotando con un sonajeo cristalino.

Envueltos en la húmeda red, azotados por la ventisca, los acompañantes no se detuvieron en el camino; se apretaron en una masa confusa los ponchos y los mantos, los hombres y las mujeres; y trotaron incansablemente, camino del pequeño cementerio aldeano; una alegría salvaje resplandecía en sus semblantes; querían terminar cuanto antes el entierro y volar a sus ranchos, donde las chacritas ávidas beberían el agua tanto tiempo esperada. El caballejo trotinaba adelante, hundiendo sus cascos con infinito regalo en la tierra ahora blanda y húmeda, que desde hacía tanto tiempo quemaba sus deshechas pezuñas andariegas; entre las haldas del poncho del ginete asomaba la cabeza del pequeño ataúd, cuya pintura fresca se había corrido, manchando el pelaje mojado de blancas salpicaduras.

Y la madre, arrinconada en el rancho, junto al altarcito vacío, pensaba que el padrino no se preocuparía, en su deseo de llegar cuanto antes a su campo, de apisonar fuertemente la sepultura de Pituto para que su alma no penase, vagando por los rincones de Millavoro, hecha una candelilla misteriosa.

La fuerza del chubasco había disminuído. Ya no se sentía su redoble continuado en los terrenos pedregosos. La tierra, abiertos sus poros sedientos, no era ahora hostil: era blanda, sedosa, complaciente, como una amada satisfecha. La niebla corría de nuevo por entre las quebradas, ocultando aún el

horizonte entre sus pliegues movibles; la higuera, empapada de agua, goteaba por la punta de sus hojas.

Milla, demacrada, deshecha por el insomnio apareció en la puerta del rancho. Ella no advirtió el gesto de disgusto que torcía la boca de su novio que la esperaba, dormitando, sentado en una sillita, en la barraca.

Ella no comprendía los sutiles matices sicológicos: era buena o mala, según las circunstancias. Dejábase llevar, sencillamente, por su instinto como por una fuerza irresistible.

—Apenas escampe, nos vamos, avisó con gran naturalidad.

On Tello desperezábase en medio del barro; terminó por ponerse de pie con grandes dificultades.

Algunos tordos pasaron con su aleteo fluctuante hacia el cerro. La capa de nieblas se rompió en lo alto; entre ralas desflocaduras azuleó un retazo de cielo que volvió a ocultarse de nuevo; luego el desgarrón fué más allá; esta vez, un chorro de luz tembló por la abertura iluminando un trozo de tierra donde había un trigal. La niebla corría desesperadamente por los flancos de los cerros como en busca de un abra por donde escaparse.

Mateo entró al rancho para avisar a Milla. Esta había bajado las mesas que sirvieron para el velorio y las colocaba en su lugar. La mujer de On Varo dormía pesadamente en el catre de madera. La abuela seguía en el mismo sitio; sólo que las manos descansaban ahora sobre la sucia falda de franela y los párpados caídos sobre las mortecinas pupilas centenarias.

Marcharon sin hablar por el camino, cargados de sueño. Bajo el oro lavado, húmedo del sol se alborozaba la tierra. Fulgían con brillanteces renovadas los follajes de los árboles; el agua rodaba aún por sus hojas barnizadas; una lloica chirrió gozosa entre los abanicos verdes de un canelo; con rápidos aleteos pasaban, sobre sus cabezas, las tencas y zorzales; y a cada golpe de alas, las copas de boldos y romeros soltaban su carga de agua con el ruido seco de las frutas desprendidas de la rama. Los pájaros volvían de nuevo a la tierra, como si el agua y el sol los hubiesen resucitado con un mágico golpe en las alas.

Al llegar al estero, tuvieron que vadearlo por la cerca de madera: el agua bajaba del monte alborotada, envolviendo en blancos chorros los pedruscos calcinados y su corriente alegre, saludable, parecía cantar la resurrección de la tierra, muerta bajo el ardiente abrazo de la sequía.

Al llegar a las casas, Milla sufrió un síncope. Su rostro pálido, que a la luz rejuvenecida de la mañana apareció lleno de las pecas terrosas de la preñez, revelaba una angustia indecible; su boquita roja, mordida por los besos, aparecía descolorida, temblorosa con las bascas que venían de su vientre. Mateo, compadecido, henchido el corazón con una ternura nueva que se reveló en ese instante, la llevó en brazos el corto trecho que restaba aún para llegar a Millavoro. En el corredor, las zurzulitas susurraban incansables, moviendo las cortas alas.

El cielo parecía haberse alejado a una altura no conocida: una diafanidad cristalina vibraba en el aire empapado de agua; el húmedo verdor de las montañas se había alejado también al fondo del horizonte; unos vellones claros se escarmenaban en sutiles filamentos y se fundían en la profundidad azul de la nueva atmósfera.